

# Samantha Power

## PROBLEMA INFERNAL

### ESTADOS UNIDOS EN LA ERA DEL GENOCIDIO

#### Prefacio

Un domingo de junio de 1995 conocí por casualidad a Sidbela Zimic, una niña de nueve años de edad residente de Sarajevo. Varias horas después de oír el familiar silbido, seguido del estallido de un proyectil, caminé unas cuadras hacia lo que había sido uno de los otrora formidables edificios de departamentos del barrio. Su estropeada fachada ostentaba las huellas de los típicos hoyos de tres años de lluvia de metralla y balazos. El edificio carecía de ventanas, electricidad, gas y agua. No era habitable, salvo para los orgullosos habitantes de Sarajevo, quienes no tenían otro lugar a donde ir.

La hermana adolescente de Sidbela estaba parada -aturdida- no lejos de la entrada del edificio. Había un delgado charco rojo a su lado, en el patio, donde estaban tiradas una zapatilla azul, dos rojas, y una cuerda para saltar con mangos tipo cucurucho. La policía bosnia había cubierto la parte enrojecida de la losa con un plástico con el alegre emblema celeste y blanco de las Naciones Unidas.

A Sidbela se le conocía en el vecindario como estudiosa, y por sus muchas participaciones en competencias de belleza y talento. Ella y sus compañeras de juego se las ingeniaban para aprovechar al máximo una niñez en que el movimiento estaba muy restringido, y coronaban así a la "Reina del Edificio", a "Miss Esquina" y "Miss Vecindario". Esa mañana tranquila Sidbela le había rogado a su madre cinco minutos al aire libre.

La señora Zimic estaba desolada. Un año y medio antes, en febrero de 1994, una bomba cayó en el mercado principal en el centro de la ciudad, y despedazó a 68 compradores y puesteros. Las imágenes de esta masacre generaron amplia compasión en Estados Unidos, e impulsaron al presidente Bill Clinton y a sus aliados de la OTAN a hacer algo. Mandaron un ultimátum sin precedentes, en el que amenazaban con realizar bombardeos masivos contra los serbios de Bosnia si reanudaban sus ataques a Sarajevo o continuaban con lo que Clinton describió como "matanza de inocentes".

“Nadie debe dudar de la decisión de la OTAN”, advirtió Clinton. “Cualquiera -dijo, y repitió la palabra para hacer hincapié-, cualquiera que bombardee Sarajevo debe [...] estar dispuesto a atenerse a las consecuencias.”<sup>1</sup> En respuesta a lo que sintieron como un compromiso de Estados Unidos, los 280.000 habitantes de Sarajevo poco a poco se adaptaron a la vida bajo la imperfecta, pero protectora, cobertura de la OTAN. Después de algunos cautelosos meses empezaron a mostrar los rostros paseando por el río Miliacka y reconstruyendo los cafés con mesas en las banquetas. Niños y niñas brincaron de sus lóbregos sótanos y de la vista de sus mayores para redescubrir los juegos al aire libre. Saboreando la niñez, se volvieron golosos del sol y de los juegos. Sus padres agradecían a Estados Unidos y trataban muy bien a los estadounidenses que visitaban Sarajevo.

La resolución estadounidense, sin embargo, se marchitó en breve. No se consideró que valiera la pena arriesgar a soldados estadounidenses ni antagonizar con los aliados europeos que deseaban mantenerse neutrales para salvar vidas bosnias. Clinton y su equipo bajaron su tono retórico de genocidio a “tragedia” y “guerra civil”, menoscabando las expectativas de que hubiera algo que Estados Unidos pudiera hacer. El secretario de Estado, Warren Christopher, nunca mostró mucho entusiasmo porque intervinieran en los Balcanes. Hablaba una y otra vez de un “contexto” para aquietar la incomodidad moral que generaba que su país no interviniera. “Es un problema realmente trágico”, dijo Christopher. “El odio entre estos tres grupos -bosnios, serbios y croatas- es de no creerse. Casi aterra, y data de siglos. En realidad es un problema infernal.”<sup>2</sup> Tras unos meses de la masacre en el mercado, Clinton adoptó esa actitud, y trató a Bosnia como su problema infernal, un problema que esperaba se consumiese solo, desapareciera de las primeras planas y dejara tranquila su presidencia.

Los nacionalistas serbios actuaron en consecuencia. Entendieron que tenían la libertad de reanudar su bombardeo sobre Sarajevo y otras ciudades bosnias atestadas de civiles. Los padres luchaban con sus hijos y buscaban incentivos que los indujeran a quedarse en casa. El padre de Sidbela recordó: “Convertí el lavadero en un lugar de juegos. Les compré a los chicos muñecas Barbie, autos Barbie, todo, sólo por mantenerlos adentro”. Pero su precoz hijita se salió con la suya: “Papi, por favor, déjame vivir mi vida. No puedo quedarme en casa todo el tiempo”.

Las promesas estadounidenses, que los artilleros serbios tomaron en serio al principio, ofrecieron a los habitantes de Sarajevo un breve respiro, pero también alentaron esperanzas entre los bosnios de que de nuevo

---

<sup>1</sup> Declaración del presidente Clinton respecto de las propuestas para manejar la situación en Bosnia, Federal News Service, 9 de febrero de 1994.

<sup>2</sup> Warren Christopher en *Face the Nation*, CBS, 28 de marzo de 1993.

podían vivir seguros. El caso fue que la brutalidad de los líderes políticos, militares y paramilitares serbios se haría merecedora de repudio, pero no de la prometida intervención militar.

El 25 de junio de 1995, minutos después de que Sidbela le diera un beso en la mejilla a su madre y le sonriera con expresión triunfante, un proyectil serbio cayó en el patio donde ella, junto con Amina Pajevic de 11 años, Liljiana Janjic de 12, y Maja Skoric de 5, saltaban la cuerda. Todas murieron, y elevaron así el número de niños asesinados en la guerra en territorio bosnio de 16.767 a 16.771.

Si algún hecho puede predisponer a una persona a imaginar la iniquidad, tiene que ser éste. Yo tenía casi dos años de reportear desde Bosnia en el momento de la masacre en el patio. Hacía mucho que había abandonado toda esperanza de que los aviones de la OTAN, que a diario pasaban rugiendo, llegaran a bombardear a los serbios para que detuviesen su ataque de artillería a la capital sitiada. Y llegué a esperar lo peor para los civiles musulmanes dispersos en la campiña.

Sin embargo, cuando los serbios de Bosnia comenzaron a atacar la llamada “zona de seguridad” de Srebrenica el 6 de julio de 1995, 10 días después de mi visita a la entristecida familia Zimic, no sentí mayor temor. Supuse que ni siquiera los serbios de Bosnia se atreverían a apoderarse de un pedazo de tierra bajo control de las Naciones Unidas. La noche del 10 de julio pasé por casualidad por el edificio de la Associated Press, que se había convertido en mi hogar adoptivo durante el verano debido a sus entusiastas periodistas y a su funcional generador. Al llegar esa noche recibí una sacudida. Cundía total caos alrededor de los teléfonos. El ataque serbio a Srebrenica, ciudad que había estado “deteriorándose” durante días, de pronto se había “ido al demonio”. Los serbios estaban dispuestos a tomar la ciudad, y pusieron un ultimátum para que las fuerzas de paz de la ONU entregaran armas y equipo, o serían objeto de un bombardeo. Unos 40.000 musulmanes, entre hombres, mujeres, y niños, estaban en serio peligro.

Aunque me tardé un poco en apreciar la magnitud de la ofensiva, no era demasiado tarde para cumplir con mi plazo de envío a Estados Unidos. Un artículo matutino en el *Washington Post* aún podía avergonzar a los líderes políticos de ese país para que respondieran. Tan frenéticos estaban los demás corresponsales que tardé 15 minutos en conseguir una línea telefónica. Cuando pude, di con Ed Cody, el subdirector de noticias del exterior del *Post*. Sabía que los lectores estadounidenses estaban cansados de las malas noticias de los Balcanes, pero lo que estaba en juego por este ataque en particular era colosal. El general serbio de Bosnia, Ratko Mladic, no estaba bromeando ni planeaba una insignificante toma de territorio para mandar un mensaje político: quería

apoderarse de un enorme trozo de territorio con “protección” internacional y desafiaba al mundo a que lo impidiera. Empecé a relatar los hechos a Cody tal como los conocía: “Los serbios están sobre Srebrenica. Según la ONU, decenas de miles de refugiados musulmanes ya se amontonaron en su base en el centro de la ciudad. Es cuestión de horas antes de que los serbios tomen todo el reducto. Ésta es una catástrofe en ciernes. Una zona de seguridad de la ONU está por caer”.

Como nueva colaboradora del *Washington Post*, me advirtieron que Cody, veterano de carnicerías en Medio Oriente, no se impresionaba con facilidad. En esta ocasión me dejó terminar y después planteó algunas preguntas incisivas, preguntas que me hicieron pensar que entendía la gravedad de la crisis. Después me dejó atónita: “Bueno, por lo que me cuenta, aunque las cosas siguen su curso, los serbios no van a tomar la ciudad esta noche”. Me preparé para lo siguiente, que no se hizo esperar: “Cuando caiga Srebrenica, parece que vamos a tener material interesante”.

Protesté, pero no mucho. Sospechaba más o menos que los serbios quizá cederían, y no quería gritar “¡ahí viene el lobo!” Pero para la tarde siguiente Srebrenica había caído, y los aterrorizados habitantes del enclave estaban en manos del general Mladic, un supuesto criminal de guerra de quien se sabía que había organizado el salvaje sitio de Sarajevo.

Yo trabajé en Sarajevo, donde los francotiradores serbios hacían práctica de tiro con arropadas ancianas que cargaban bidones de agua sucia a través de la ciudad, y donde los pintorescos parques se transformaron en cementerios para recibir el diluvio de jóvenes muertos. Entrevisté a hombres demacrados que habían perdido 20 o 25 kilos y llevaban cicatrices permanentes, producto de los campos de concentración serbios. Y no hacía mucho que había cubierto la masacre de cuatro colegialas. Sin embargo, a pesar de mis experiencias, o quizás a consecuencia de ellas, sólo podía imaginar lo que ya había presenciado. Jamás se me ocurrió que el general Mladic podría o querría ejecutar hasta el último hombre o niño musulmán en su poder.

Unos días después de la caída de Srebrenica, un colega me llamó desde Nueva York para informarme que el embajador bosnio en la ONU afirmaba que los serbios de Bosnia aniquilaron a más de 1.000 musulmanes de Srebrenica en un estadio de fútbol. ¡No era posible! “No”, respondí, atónita. Mi amigo repitió sus palabras. “No”, dije de nuevo, con decisión.

Yo tenía razón. Mladic no ejecutó a 1.000 hombres: mató a más de 7.000.

Cuando volví a Estados Unidos, Sidbela y Srebrenica no se apartaron de mi mente. Me quedé helada ante una promesa que logró que una niña saliera de un sótano a un patio en Sarajevo. Me obsesionaba el asesinato de los hombres y niños musulmanes de Srebrenica, mi propio fracaso en advertirlo a tiempo, y la negativa del mundo externo a intervenir incluso cuando el peligro que corrían esos hombres era ya evidente. No podía evitar el recuerdo de las muchas conversaciones que sostuve con mis colegas respecto de la intervención. En nuestras discusiones, en reuniones de trabajo, durante viajes y en entrevistas con altos oficiales bosnios y estadounidenses nos preguntábamos cómo habrían respondido Estados Unidos y sus aliados si los mismos crímenes se hubiesen cometido en otro lugar (los Balcanes evocan animosidades ancestrales y polvorines inflamables), contra distintas víctimas (la mayoría de las atrocidades se perpetraron contra individuos de fe musulmana), o en una época distinta (la Unión Soviética acababa de desmoronarse, ninguna nueva visión mundial remplazaba aún el viejo orden mundial, y la ONU no había aceitado sus goznes herrumbrados ni se libraba todavía de sus anacrónicas prácticas y suposiciones). En 1996, ya a alguna distancia del campo, comencé a explorar las reacciones de Estados Unidos a casos anteriores de matanzas a mansalva. No me llevó mucho tiempo descubrir que la respuesta estadounidense al genocidio bosnio fue la más vigorosa del siglo. En toda su historia, Estados Unidos jamás ha intervenido para impedir un genocidio, y apenas si lo condena cuando ocurre.

Al pasar revista a los genocidios más importantes del siglo XX, algunos destacaban. Además de la erradicación serbia de los que no eran serbios, examiné la matanza otomana de los armenios, el holocausto nazi, el terror de Pol Pot en Camboya, la destrucción de los kurdos a manos de Saddam Hussein en el norte de Irak y el sistemático exterminio de la minoría tutsi por los hutus en Ruanda. Aunque las dimensiones de estos casos variaban y no todos tenían el objeto de exterminar hasta el último individuo de un grupo, sí se ajustaban a los términos de la Convención sobre Genocidio de 1948, y presentaban opciones a Estados Unidos para una importante intervención diplomática, económica, legal o militar. Los crímenes ocurrieron en Europa, Asia, Medio Oriente y África. Las víctimas incluyeron una amplia variedad de razas y religiones: asiáticas, africanas, caucásicas, cristianas, judías, budistas, musulmanes. Los victimarios operaron en distintas etapas del poderío estadounidense: el genocidio armenio (1915-1916) se cometió durante la primera Guerra Mundial, antes de que Estados Unidos se convirtiera en líder del mundo. El holocausto (1939-1945) tuvo lugar en el momento en que Estados Unidos llegaba a ocupar ese puesto. Los genocidios camboyano (1975-1979) e iraquí (1987-1988) se cometieron después del holocausto, pero durante la Guerra Fría, y después de Vietnam. Bosnia (1992-1995) y

Ruanda (1994) ocurrieron luego de la Guerra Fría y mientras estaban en su apogeo la supremacía y conciencia de las “lecciones” del holocausto en Estados Unidos. Los estadounidenses facultados para tomar decisiones también llevaban consigo a la mesa de conferencias una amplia variedad de antecedentes personales e ideologías respecto a la política exterior. Cada presidente de ese país de las tres últimas décadas del siglo XX -Nixon, Ford, Carter, Reagan, Bush padre y Clinton- tomó decisiones relacionadas con la prevención y supresión de genocidio. Y, sin embargo, a pesar de la enorme variedad entre los casos y en los gobiernos de Estados Unidos, las respuestas políticas a los genocidios mostraron una asombrosa similitud a través de las épocas, geografías, ideologías y equilibrios geopolíticos.

A fin de entender las respuestas de Estados Unidos al genocidio, entrevisté a más de 300 estadounidenses que participaron en la formación o en la política de su país, o influyeron en ella.<sup>\*</sup> La mayoría eran funcionarios de distintas jerarquías en la Casa Blanca, el Departamento de Estado, el Pentágono y la CIA (Agencia Central de Inteligencia). Algunos fueron legisladores y miembros del personal del Capitolio; otros, periodistas que cubrieron las carnicerías o individuos ajenos al gobierno que intentaron remediarlas. Una subvención del Open Society Institute (Instituto de la Sociedad Abierta) me permitió viajar a Bosnia, Camboya, Kosovo y Ruanda, donde hablé con víctimas, victimarios y testigos. También visité el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra para la ex Yugoslavia en La Haya, en los Países Bajos, así como el tribunal de las Naciones Unidas para Ruanda, situado en Arusha, Tanzania. Gracias al Archivo para la Seguridad Nacional (National Security Archive), organización sin fines de lucro que aprovecha la Ley de libertad de información para tener acceso a documentos estadounidenses restringidos, pude leer cientos de páginas de informes gubernamentales abiertas al público en fechas recientes. Este material ofrece un cuadro más claro del juego entre personalidades, motivaciones y actos de genocidio.

La gente explica que Estados Unidos no respondía a genocidios específicos porque no sabía qué estaba pasando, o que sabía pero no les importaba, o que, al margen de lo que sabían, poco podían hacer. Me di cuenta de que los estadounidenses responsables de tomar decisiones políticas sí conocían muy bien los crímenes que se cometían. Algunos se preocuparon y bregaron por que se actuara, con considerables sacrificios personales y profesionales. Estados Unidos sí tuvo incontables oportunidades de mitigar e impedir matanzas, pero una y otra vez los

---

<sup>\*</sup> Las citas cuya fuente no se menciona en las notas provienen de entrevistas exclusivas realizadas entre julio de 1993 y noviembre de 2001. Las vierto en tiempo presente (por ejemplo, “El senador McGovern recuerda...”).

hombres y mujeres decentes voltearon la mirada. Todos asistimos al genocidio. La pregunta crucial es por qué.

Las respuestas parecen residir en las decisiones críticas -y las decisiones de no decidir- tomadas antes, durante y después de los diversos genocidios. Pregunté: ¿Hubo advertencias de que estaban por empezar matanzas? ¿Con qué grado de seriedad se tomaron? ¿Quién lo hizo? ¿Había motivos para suponer que la violencia sería cualitativa o cuantitativamente distinta de las matanzas habituales, por desgracia típicas de las guerras locales? Una vez que la violencia comenzó, ¿de qué información restringida o libre se disponía? ¿Qué restricciones impedían el diagnóstico? ¿Cómo y cuándo reconocieron los oficiales estadounidenses que estaba en proceso un genocidio (y no sólo una guerra)? ¿Quién, dentro o fuera del gobierno de Estados Unidos, quería hacer qué? ¿Cuáles eran los riesgos o costos? ¿Quién se opuso a ellos? ¿Quién prevaleció? ¿Cómo divergía la opinión pública y la de la elite? Por último, ¿cómo se recuerdan las respuestas estadounidenses, los genocidios y a quienes instaban a la intervención? Para reconstruir los hechos dividí la mayoría de los casos en secciones de “advertencia”, “reconocimiento”, “respuesta” y “secuela”.

Al contrario de cualquier suposición que haya hecho mientras viajé por la ex Yugoslavia, las respuestas de los gobiernos de Bush padre y de Clinton a las atrocidades en Bosnia fueron consecuentes con las anteriores respuestas estadounidenses a los genocidios. Proliferaron advertencias tempranas de hechos sangrientos masivos. Se intensificó la aparición de propaganda incendiaria. Comenzaron las masacres y deportaciones. Los políticos estadounidenses se desentendieron de los horrores. Las historias de los refugiados y los informes de prensa eran demasiado numerosos para ignorarlos. Pocos estadounidenses en su país pidieron intervenir. Se instaló una pasiva actitud de espera optimista, pero a la larga mortífera. Y el genocidio procedió sin trabas de Estados Unidos y a menudo con el aliento de su inacción.

Los mayores hallazgos de este libro se resumen como sigue:

- Pese a la cobertura gráfica de los medios de comunicación, los políticos, periodistas, y ciudadanos estadounidenses son muy lerdos en echar mano de la imaginación necesaria para tratar con la información. Antes de las matanzas suponen que los actores racionales no pondrán en operación una violencia en apariencia gratuita. Confían en las negociaciones de buena voluntad y en la diplomacia tradicional. Una vez iniciadas las matanzas, suponen que los civiles se mantendrán en segundo plano y no sufrirán daño. Proponen ceses de fuego y organizan donaciones humanitarias.

- Es en el ámbito de la política local donde se pierde la batalla para impedir el genocidio. Los líderes políticos interpretan el silencio de la sociedad como un indicador de la indiferencia pública. Piensan que no sufrirán pérdidas si Estados Unidos se mantiene ajeno a los acontecimientos, pero en cambio correrán serios riesgos en caso de comprometerse. Las fuentes potenciales de influencia -congresistas, prensa y ciudadanos comunes- no generan suficiente presión política para cambiar la postura de los líderes nacionales.

- El gobierno de Estados Unidos no sólo se abstiene de enviar tropas, sino que hace muy poco en cuanto a otro tipo de intervención para desalentar el genocidio.

- Los funcionarios estadounidenses se engañan (igual que al público en general) respecto de la naturaleza de la violencia en cuestión y del probable efecto de una intervención. Presentan el derramamiento de sangre como mutuo e inevitable, y no genocida. Insisten en la futilidad de cualquier intervención. Es más: señalan que puede causar más mal que bien, con perversas consecuencias para las víctimas y el riesgo de otros preciados intereses morales o estratégicos norteamericanos.<sup>3</sup> Tachan de “emocionales” a los funcionarios que instan a la intervención y que apelan a argumentos morales en un sistema que habla sobre todo el frío lenguaje de los intereses. Evitan la palabra “genocidio”. Tranquilizan su conciencia al favorecer la detención abstracta del genocidio y, al mismo tiempo, al oponerse a la intervención en ese momento.

El más agudo desafío al mundo de los testigos pasivos lo constituyen quienes eligen el silencio en la era del genocidio. En cada caso, unos cuantos estadounidenses se destacaron al levantar su voz en contra. No perdieron de vista el bien y el mal, ni siquiera en un “contexto” que otros juzgaban inmovilizador. Se negaron a aceptar que eran incapaces de influir en la política o que Estados Unidos no tenía manera de influir en los asesinatos. Estos individuos no luchaban solos, pero tampoco los seguían multitudes. Al ver lo que intentaban, vemos lo que Estados Unidos hubiera podido lograr. Vemos también lo que los demás pudimos intentar. Al cobrar conciencia de cómo y por qué fallaron, nos damos cuenta de lo que, como nación, hemos permitido que suceda.

---

<sup>3</sup> Tomo prestadas las categorías de justificación -futilidad, perversidad y peligro- de Albert O. Hirschman, *Rhetoric of Reaction: Perversity, Futility, Jeopardy*, Belknap Press, Cambridge, Mass., 1991. Hirschman muestra cómo los que se oponen a la reforma progresista tienden a criticar no los objetivos de la medida propuesta sino sus probables “consecuencias imprevistas”. Los funcionarios y ciudadanos que se oponen a la acción ofrecen informes detallados de todo lo que puede funcionar mal, pero rara vez reconocen la posibilidad de éxito, de consecuencias imprevistas *deseables* o de consecuencias imprevistas negativas, pero con una ganancia neta positiva.



En 1915, Henry Morgenthau padre, embajador de Estados Unidos en Constantinopla, ante la deportación y masacre turca de su minoría armenia, instó a Washington a que condenara a Turquía y presionara a Alemania, su aliada en la guerra. Morgenthau también rompió las convenciones diplomáticas al protestar en persona contra las atrocidades, denunciar el régimen y organizar colectas humanitarias. Se le unió el ex presidente Theodore Roosevelt, quien dio un paso más al exigirle al presidente Woodrow Wilson que entrara en la primera Guerra Mundial y pusiera fin a la matanza. Pero Estados Unidos se mantuvo firme en su neutralidad e insistió en que los asuntos internos de Turquía no le concernían. Se estima que un millón de armenios fueron asesinados o murieron de enfermedad y hambre durante el genocidio.

Raphael Lemkin, un judío polaco y abogado internacional, dio la voz de alerta sobre Hitler en los años treinta, pero recibió sólo escarnio. Después de refugiarse en Estados Unidos en 1941, no consiguió apoyo para proteger a los judíos en peligro. Los aliados se negaron a denunciar las atrocidades de Hitler, pero asilaron a los judíos de Europa, y bombardearon los ferrocarriles que iban a los campos de concentración nazis. Sin arredrarse, Lemkin acuñó la palabra *genocidio* y consiguió que la ONU sancionara el primer tratado de derechos humanos, para impedir nuevos crímenes. Por desgracia, fue testigo del rechazo de la Convención sobre Genocidio a manos del Senado de Estados Unidos. William Proxmire, quijotesco senador de Wisconsin, retomó el tema donde Lemkin lo dejó, y pronunció 3.211 discursos en el Senado para ratificar el tratado de la ONU. Después de 19 años de diarios soliloquios, Proxmire logró que el Senado aceptara el tratado, pero su ratificación en Estados Unidos estaba tan plagada de estipulaciones que apenas si tenía fuerza.

Un puñado de diplomáticos y periodistas en Camboya que advirtió de la perversidad de una siniestra banda de comunistas llamada Khmer Rouge, recibió las burlas de la izquierda estadounidense por caer en la trampa de la propaganda anticomunista, y no pudo ejercer influencia en una política de no intervención en el sudeste asiático después de Vietnam. Los cuatro años del régimen de Pol Pot arrojaron un saldo de unos dos millones de camboyanos muertos, pero la masacre apenas produjo una queja en Washington, que mantuvo el reconocimiento diplomático del régimen genocida incluso después de su derrocamiento.

Peter Galbraith, miembro de la Comisión de Relaciones Internacionales del Senado, redactó para su jefe, el senador Claiborne Pell, una legislación punitiva con el fin de cortar todo crédito agrícola e industrial a Saddam Hussein en represalia por su intento de 1987-1988 de exterminar a los kurdos rurales de Irak. El paquete de sanciones no pasó el obstáculo de una decidida Casa Blanca, el Departamento de Estado y el *lobby* de los agricultores, a quienes les interesaba mantener

lazos cordiales con Irak a fin de venderles arroz y trigo. Así, el régimen de Hussein recibió generosa asistencia estadounidense mientras gaseaba y ejecutaba a unos 100.000 kurdos.

Romeo Dallaire, teniente general canadiense al frente de las fuerzas de paz en Ruanda en 1994, pidió permiso, tres meses antes del inicio del genocidio, para desarmar a las milicias e impedir así la exterminación de los tutsi. Al serle denegado por sus jefes políticos en las Naciones Unidas, observó cómo se apilaban los cadáveres a su alrededor mientras Washington dirigía un exitoso movimiento para quitarle la mayoría de las fuerzas de paz bajo su mando y después bloquear la autorización de mandar refuerzos de las Naciones Unidas. Estados Unidos negó su tecnología para interrumpir las transmisiones de radio, instrumento crucial en la coordinación y perpetuación del genocidio. Y aun cuando unos 8.000 habitantes de Ruanda caían a diario víctimas de la carnicería, el tema nunca fue prioritario para los altos funcionarios de Estados Unidos. Unos 800.000 individuos de Ruanda perecieron en 100 días.

Unos cuantos diplomáticos en el Departamento de Estado y algunos legisladores del Congreso intentaron incansablemente convencer a una burocracia intransigente de que bombardearan a los “limpiadores étnicos” serbios en Bosnia. Estos hombres observaron el “saneamiento” de cables informativos, la redefinición del conflicto como “sin solución” y “antiguo”, y el mantenimiento de un embargo de armamentos contra los musulmanes bosnios, carentes de medios de defensa. Varios oficiales que se alejaron con repulsa del departamento vieron, desde un punto de observación no menos impotente fuera del gobierno, la caída del área de seguridad de Srebrenica, y la mayor masacre en Europa en 50 años. Entre 1992 y 1995, cuando los noticieros vespertinos mostraban el ataque serbio, murieron unos 200.000 bosnios. No fue sino hasta que la intervención de Estados Unidos comenzó a sentirse como inevitable y Bob Dole, representante mayoritario republicano de Kansas, persuadió al Senado de que levantara el embargo de armamentos, cuando cambió la política estadounidense. Al traer a casa la guerra en Bosnia, Dole animó al presidente Clinton a que iniciara los bombardeos de la OTAN. Para eso, sin embargo, el genocidio de Bosnia ya se había completado en gran medida, y un estado multiétnico había sido destruido.

Este libro tiene la intención deliberada de mostrar la respuesta de políticos y ciudadanos estadounidenses por varias razones. En primer lugar, las decisiones de Estados Unidos de actuar o no han tenido mayor efecto en las víctimas que las de cualquier otra potencia mundial. En segundo lugar, desde la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha tenido una tremenda capacidad para limitar el genocidio. Pudo usar sus vastos recursos sin arriesgar la seguridad nacional. En tercer lugar, Estados Unidos se comprometió de lleno a la conmemoración y difusión

sobre el holocausto. El Holocaust Memorial Museum, que se destaca en la avenida que recorre el Monumento a Lincoln y el edificio conmemorativo a Jefferson, a escasos metros del Muro Recordatorio de Vietnam, atrae a 5.500 visitas por día, o dos millones por año, casi el doble de las que van a la Casa Blanca. En cuarto lugar, en años recientes los dirigentes estadounidenses, imbuidos de una nueva cultura de conciencia sobre el holocausto, se comprometen de manera repetida a impedir los genocidios. En 1979, el presidente Jimmy Carter afirmó que, en memoria del holocausto, “debemos labrar un pacto inamovible con todos los pueblos civilizados para que nunca más permanezca en silencio el mundo, nunca más permanezca inactivo para impedir este terrible crimen del genocidio”.<sup>4</sup>

Cinco años más tarde, también el presidente Ronald Reagan afirmó: “Igual que ustedes, yo digo con voz firme: ‘¡Nunca más!’”<sup>5</sup> El presidente George Bush padre se unió al coro en 1991. Al hablar “en calidad de veterano de la segunda Guerra Mundial, de estadounidense y, ahora, de presidente de Estados Unidos”, Bush dijo que su visita a Auschwitz lo motivó a tomar “la decisión no sólo de recordar, sino de actuar”.<sup>6</sup>

Antes de asumir la presidencia, Clinton reprochó a Bush por Bosnia: “Si los horrores del holocausto nos enseñaron algo, es el alto costo de permanecer callados y paralizados ante el genocidio”.<sup>7</sup> Ya presidente, en la inauguración del Museo del Holocausto, Clinton criticó la inacción de Estados Unidos durante la segunda Guerra Mundial. “A medida que nuestra conciencia parcial de los crímenes se convirtió en hechos indiscutibles, se hizo demasiado poco. No debemos permitir que vuelva a suceder.”<sup>8</sup> Pero la frase prometidora, consoladora, de “nunca más”, un testamento del espíritu de la capacidad estadounidense para lograr resultados, jamás tomó en cuenta que el país no tuvo medida alguna, práctica o política, para responder al genocidio. El compromiso fue vacío frente a matanzas reales.

---

<sup>4</sup> “Comisión presidencial sobre el Holocausto: Comentarios al recibir el informe definitivo de la Comisión”, 27 de septiembre de 1979, *Public Papers of the Presidents of the United States: Jimmy Carter, 1979*, GPO, Washington, 1979, p. 1773.

<sup>5</sup> “Comentarios en la Convención Internacional de B’nai B’rith”, 6 de septiembre de 1984, *Public Papers of the Presidents of the United States: Ronald Reagan, 1987*, GPO, Washington, 1987, p. 1244.

<sup>6</sup> “Apreciaciones del presidente George Bush en la cena Simon Wiesenthal, Century Plaza Hotel, Los Angeles, California”, Federal News Service, 16 de junio de 1991.

<sup>7</sup> Clifford Krauss, “U.S. Backs Away from Charges of Atrocities in Bosnia Camps”, *New York Times*, 5 de agosto de 1992, p. A12.

<sup>8</sup> “Comentarios en la inauguración del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos”, 22 de abril de 1993, *Public Papers of the Presidents of the United States: William Clinton, 1993*, GPO, Washington, 1994, p. 479.

Antes de explorar la relación de Estados Unidos con el genocidio, solía referirme a la política hacia Bosnia como “un fracaso”. Cambié de parecer. Es duro reconocerlo, pero la sistemática política de no intervención de este país frente al genocidio ofrece un triste testimonio no de un régimen político destruido, sino de uno implacablemente eficaz. El sistema, tal como está, funciona.<sup>9</sup> Ningún presidente de Estados Unidos tiene como prioridad la prevención del genocidio, y ninguno ha pagado costo político alguno por desentenderse de él. Así, no es coincidencia que el genocidio continúe.

---

<sup>9</sup> Véase Leslie Gelb y Richard Betts, *The Irony of Vietnam: The System Worked*, Brookings Institution, Washington, 1979.